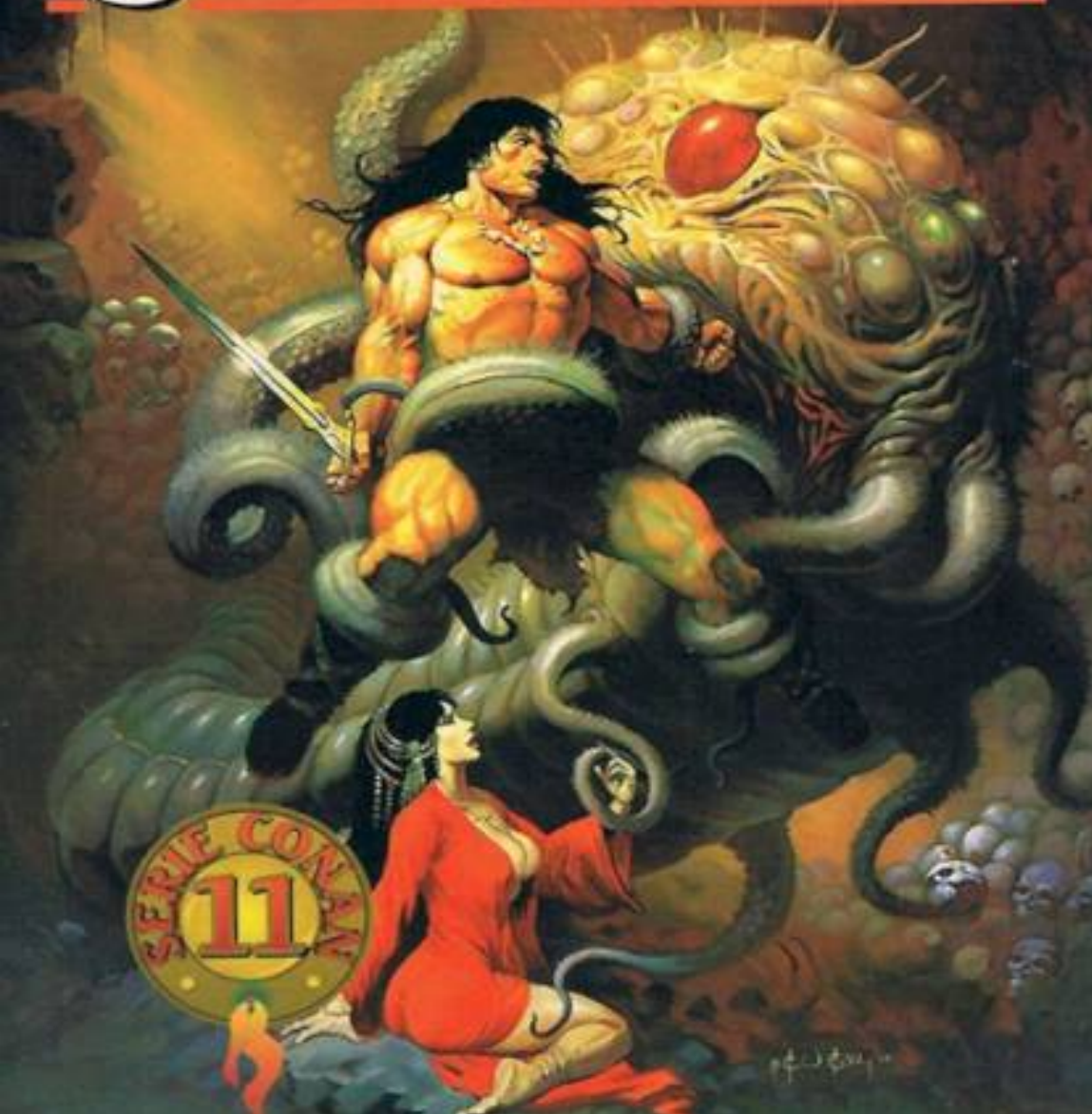
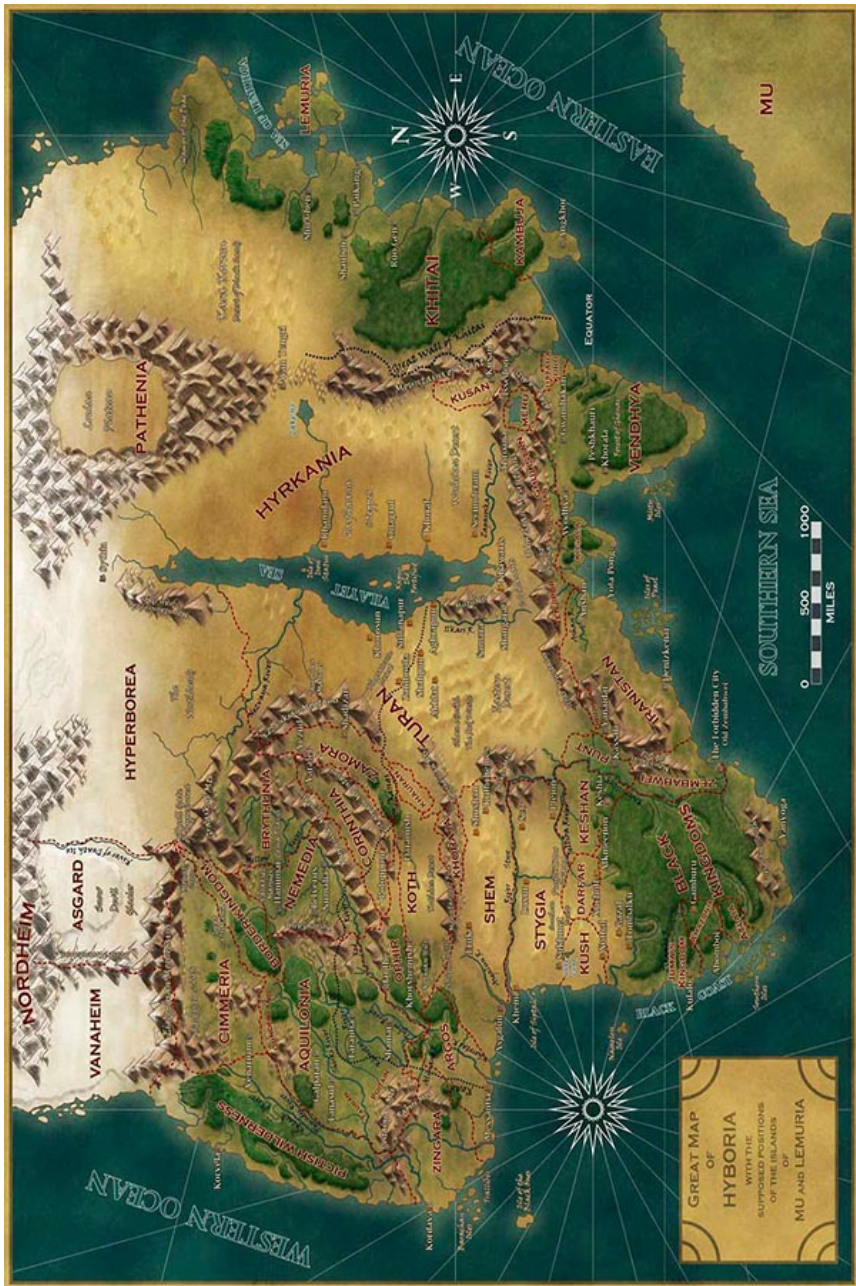


Robert E. Howard

CONAN EL USURPADOR



Se acerca el que con justicia podemos llamar gran momento de la vida de Conan. Después de los hechos que se narraban en *Conan el Guerrero*, el bárbaro cimmerio ha alcanzado un alto rango dentro del ejército de Aquilonia, el mayor de los imperios hiborios. Pero las envidias, así como la amenaza de una muerte cierta, le obligarán a huir a las tierras de los salvajes pictos, donde vivirá una extraña historia y hallará un tesoro. Con este podrá financiar una sublevación de los descontentos de Aquilonia y coronarse rey de este gran reino. Sin embargo sus enemigos aún le acechan.



Introducción

Robert Ervin Howard (1906-1936), de Cross Plains, Texas, fue un extraordinario narrador. Además de ser un escritor versátil y prolífico —escribió, por ejemplo, una serie de historias humorísticas del Oeste—, su magia narrativa alcanzó su cima en los relatos de aventuras y de acción. A través de estas historias de espadachines y hechiceros, de demonios y de muerte, asoman sus inolvidables héroes míticos: el rey Kull de Valusia, Bran Mak Morn, Solomon Kane y, el más poderoso y apasionante de todos, Conan de Cimmeria, el protagonista de más de una docena de historias estimulantes y conmovedoras.

Se supone que Conan vivió hace unos doce mil años, en una Edad Hybórea inventada por Howard, después del hundimiento de Atlantis y antes del comienzo de la historia escrita conocida por todos.

Conan, un gigantesco aventurero bárbaro de las sombrías tierras de Cimmeria, atravesaba ríos de sangre y vencía a enemigos, tanto naturales como sobrenaturales, hasta convertirse finalmente en soberano del reino hiborio de Aquilonia.

Dieciocho relatos de Conan fueron publicados en vida de Howard, y varios más han aparecido en forma de manuscrito —algunos completos y otros inacabados— en las dos últimas décadas. Yo he tenido el privilegio de preparar estas historias para su publicación póstuma y de completar la mayoría de los relatos inacabados.

De los cuatro relatos que aparecen en este volumen, los dos primeros tienen una historia complicada.

En el año 1951 descubrí, entre un montón de manuscritos sin publicar de Howard, en la casa del finado Osear J. Friend, que era en ese momento el agente literario de las novelas de Howard, un relato titulado *The Black Stranger* (El extranjero negro). Al preparar ese manuscrito para su publicación, yo lo reescribí, condensándolo en un cincuenta por ciento y añadiendo una serie de interpolaciones para enlazar la historia con la del rey Numedides, la de Toth-Amon y con la revolución que tuvo lugar posteriormente en Aquilonia, a fin de integrar la historia en el legendario relato.

El editor de *Fantasy Magazine*, que fue el primero en publicar la historia, agregó algunas cosas y eliminó otras. Esta versión fue publicada nuevamente en el año 1953 en el volumen titulado *The King Conan*. El editor de la revista conservó el título original, pero cuando reapareció en *The King Conan*, yo le cambié el título y lo llamé *The Treasure of Tranicos* (El tesoro de Tranicos) porque el nombre de «El extranjero negro» era similar al título de otras historias de Howard y daba lugar a confusiones; al menos una docena de sus relatos tienen la palabra «negro» en su título.

Para publicarlo ahora en este volumen, he acudido al manuscrito original de Howard y lo he editado de una manera mucho más ligera, sin tratar de condensarlo y cambiando solo aquello que era estrictamente necesario. He omitido los cambios del editor de la revista, pero sí he conservado las interpolaciones que introduce la primera vez para enlazar la historia con el resto de la saga, como por ejemplo el relato de la huida de Conan de Aquilonia. Lo que ustedes van a leer está, por lo tanto, bastante más cerca del original de Howard que la versión publicada anteriormente.

Además, Glenn Lord, el actual agente literario de las obras de Howard, encontró entre los papeles de Howard,

en el año 1965, el relato titulado *Wolves Beyond the Border* (Lobos más allá de la frontera).

La historia parecía ser la versión final, pero se interrumpía por la mitad (en la pelea de la cabaña) y presentaba solo una breve síntesis, de una página más o menos, del resto. Ya sea que Howard se hubiera cansado de la historia y la dejara de lado, con la intención de acabarla más tarde, o que tuviera otras intenciones en mente, probablemente nunca lo sabremos. Yo me he encargado de completar la historia imitando el estilo de Howard, y siguiendo el texto.

Las otras dos historias —*The Phoenix on the Sword* (El fénix en la espada) y *The Scarlet Citadel* (La ciudadela escarlata)— aparecen, con excepción de algunas correcciones, en la forma en que Howard las escribió antes de publicarlas en *Weird Tales* en los años treinta.

La saga de Conan es la siguiente: Conan, el hijo de un herrero cimmerio, nació en un campo de batalla de esa tierra del norte cubierta de nubes. De adolescente participó en el saqueo de la avanzada fronteriza aquilonia de *Venarium*. Más tarde realizó una incursión a Hiperbórea con una banda de aesires y fue capturado por los hiperbóreos. Después huyó de la mazmorra de esclavos de Hiperbórea, y se dirigió a Zamora y a otros países del sur, viviendo en forma precaria como ladrón. Ajeno a la civilización e indómito por naturaleza, compensó su falta de sutileza y de refinamiento con una astucia natural y con un físico hercúleo, que heredó de su padre.

Luego se alistó como soldado mercenario en el ejército del rey *Yildiz* de Turan, viajó extensamente por las tierras *hirkánias* y se convirtió en un diestro arquero y jinete. Más tarde se convirtió en bandido en las tierras *Hybóreas*, dirigió a una banda de corsarios negros en las costas de *Kush* y sirvió como mercenario en *Shem* y en otros países vecinos. Después volvió a su vida de proscrito con los *kozakos* en las estepas orientales, y con los piratas del mar de *Vilayet*. Sirvió como mercenario en el reino de *Khaurán*, y fue

durante dos años jefe de los zuagires, los shemitas nómadas del Este. Luego corrió salvajes aventuras en las tierras orientales de Iranistán y de Vendhia, durante las cuales Conan se enfrentó con los Adivinos Negros de Yimsha en los montes Himelios.

Al regresar a Occidente, Conan hace de bucanero una vez más con los piratas barachanos y zingarios.

Luego se alista de nuevo como mercenario en Estigia y en los reinos negros. Encamina sus pasos hacia el norte en dirección a Aquilonia y, con cuarenta años, trabaja como explorador en la frontera picta.

Cuando los pictos, con la ayuda del hechicero Zogar Sag, atacan los poblados aquilonios, Conan intenta impedir la destrucción del fuerte Tuscelan sin conseguirlo, pero logra salvar las vidas de algunos colonos que vivían entre el río Trueno y el río Negro. Aquí comienza este libro.

L. Sprague de Camp

El tesoro de Tránicos

Robert E. Howard & L. Sprague de Camp

Después de los acontecimientos narrados en el relato «Más allá del río Negro» de Conan el Guerrero, Conan se pone al servicio de los aquilonios. Llega a general, derrota a los pictos en la batalla de Velítrium y destroza su retaguardia. Entonces es llamado a la capital —Tarantia— para celebrar su triunfo. Pero, habiendo despertado las sospechas y los celos del loco y depravado rey Numedides, lo drogan con vino y lo encadenan en la Torre del Hierro bajo sentencia de muerte. Sin embargo, el bárbaro tiene tantos amigos como enemigos en Aquilonia, y pronto es rescatado de su prisión y puesto en libertad; sus libertadores le proporcionan un caballo y una espada. Cabalgando hacia la frontera, se encuentra con sus tropas bosonios dispersas, y con que han puesto precio a su cabeza. Cruza el río Trueno, llega a los húmedos bosques de la tierra de los pictos y se dirige hacia el lejano mar.

1. Los hombres pintados

Hace un momento el claro del bosque estaba vacío, pero ahora un hombre se acerca sigilosamente a los arbustos. No hace un solo ruido, ni siquiera para prevenir a las grises ardillas de su llegada. Pero los pájaros de colores revolotean en el soleado espacio abierto como una nube ruidosa. El hombre frunce el ceño y lanza una rápida mirada al camino por el que ha venido, como si sintiera miedo de que sus hombres lo hubieran traicionado, delatando su posición. Entonces comienza a caminar cuidadosamente por el claro.

A pesar de su enorme musculatura, el hombre se mueve con la agilidad de un leopardo. Está desnudo, salvo por un taparrabo que lleva atado a la cintura; sus extremidades están llenas de arañazos causados por las zarzas, y cubiertas de lodo seco. Lleva una venda en el brazo izquierdo. Por debajo de la negra melena enmarañada aparece su rostro lánguido y demacrado; sus ojos queman como los de un lobo herido. Avanza cojeando por el desdibujado camino que lo lleva a través del espacio abierto.

A medio camino del claro se detiene un instante y se vuelve con gesto felino a observar el camino por el que ha venido. Al salir del bosque oye un grito. Cualquiera otro hombre hubiera pensado que se trataba del aullido de un lobo. Pero él sabía que no. Un cimmerico distingue los sonidos de la selva con la misma facilidad con que un hombre de la ciudad reconoce las voces de sus amigos.

Sus ojos se inyectan en sangre al tiempo que se vuelve y corre a lo largo del sendero. Este sendero, al alejarse del claro, discurre paralelo a una densa fila de árboles y arbustos. También hay un enorme tronco clavado en la tierra húmeda, entre los matorrales y el sendero. Cuando el cimmerio ve el enorme tronco, se detiene y mira hacia atrás a través del claro para cerciorarse de que no ha dejado señal alguna de su paso por allí; pero la evidencia era clara para sus ojos penetrantes y por lo tanto igualmente visible para los aguzados ojos de quienes lo perseguían. Gruñó en voz baja como una bestia acorralada.

Avanzó despreocupadamente por la senda, aplastando la hierba a su paso. Cuando alcanzó el extremo del tronco, saltó por encima, se volvió y corrió a lo largo de este. Pero no dejó ninguna huella que pudiera revelar a sus astutos perseguidores que había cambiado de sendero. Cuando alcanzó la parte más densa de los matorrales, se adentró en ellos como una sombra, agitando las hojas a su paso.

El tiempo pasaba lentamente. Las grises ardillas chillaban una vez más, luego se apretaron contra las ramas y de repente enmudecieron. El claro estaba invadido. Igual de silenciosos que el primero, surgieron otros tres hombres por el borde del claro; bajos, de piel oscura y complexión fuerte. Iban vestidos con una especie de taparrabo y una pluma en la cabeza. Sus cuerpos estaban pintados con extraños dibujos e iban armados hasta los dientes con lanzas y martillos de cobre.

Se habían arrastrado sigilosamente por el claro antes de dejarse ver en el espacio abierto; se movían por entre los arbustos sin ninguna dificultad, en fila india, con la agilidad de un leopardo y vigilando el sendero. Siguieron la huella del cimmerio, tarea difícil incluso para aquella raza sanguinaria. Se movían lentamente a través del claro; entonces uno de ellos se irguió y gruñó apuntando con su lanza hacia la hierba aplastada allá donde el sendero penetraba en el bosque. En ese momento todos se detuvieron súbitamen-

te. Sus pequeños y redondos ojos negros se dirigieron al entramado de la selva.

Pero su presa estaba bien escondida. Al no encontrar nada que despertara sus sospechas, se movían ahora más deprisa, siguiendo las borrosas huellas que indicaban que su víctima había sido descuidada, ya fuera por debilidad o por desesperación.

Acababan de pasar por el lugar en el que los espesos matorrales se apiñaban en el antiguo sendero, cuando el cimmerico saltó al camino detrás de ellos, sacando las armas que tenía escondidas en el taparrabo: un largo cuchillo de cobre en la mano izquierda y un hacha del mismo material en la derecha. El ataque fue tan rápido e inesperado que el último de los pictos no tuvo ninguna posibilidad de ponerse a salvo, ya que el cimmerico lo apuñaló por la espalda. La hoja atravesó el corazón del picto antes de que este fuera consciente del peligro.

Los otros dos se volvieron para atacarlo, pero tan pronto como el cimmerico extrajo el cuchillo del cuerpo de su primera víctima dio un tremendo golpe con el hacha que tenía en la mano derecha. El segundo picto estaba a punto de volverse cuando el hacha le partió el cráneo en dos.

El picto que quedaba, el jefe del grupo a juzgar por la pluma de águila que llevaba, se abalanzó sobre el cimmerico, y estaba a punto de clavarle el puñal en el pecho cuando este extrajo el hacha de la cabeza del hombre muerto. El cimmerico tenía la ventaja de poseer una gran inteligencia y un arma en cada mano. Comprobó su hacha y clavó el cuchillo que llevaba en la mano izquierda en el estómago pintado de su enemigo.

Un terrible aullido surgió de la boca del picto, que quedó destripado. El grito desconcertado, de una furia bestial, halló como respuesta un salvaje coro de gritos a cierta distancia del claro. El cimmerico se agazapó como una bestia acorralada, secándose el sudor de la frente. La sangre le chorreaba por debajo del vendaje.

Se volvió, profiriendo un grito incoherente, y huyó en dirección oeste. Corrió con toda la velocidad que le permitían sus largas piernas, poniendo en juego todos los recursos que la naturaleza les brinda a los bárbaros. El bosque estaba en silencio. Entonces se oyó un aullido demoníaco, y se dio cuenta de que sus perseguidores habían encontrado los cuerpos de sus víctimas. Estaba sin aliento y la sangre de sus heridas ensuciaba el suelo, dejando una huella que hasta un niño hubiera podido seguir. Pensó que tal vez los tres pictos fueran los únicos de todo el grupo que aún lo perseguían. Pero debería haber sabido que aquellos lobos humanos nunca perdían una huella de sangre.

El bosque estaba en silencio otra vez; eso quería decir que estaban corriendo tras él, encontrando el camino a través de la sangre que no podía borrar. Una salada y húmeda ráfaga de viento del oeste, que le era familiar, sopló en su rostro. Se asombró; si estaba tan cerca del mar, eso significaba que la persecución había sido más larga de lo que él pensaba.

Pero ahora casi todo había terminado; incluso su feroz vitalidad había menguado después de la terrible tensión. Hizo un esfuerzo para respirar y sintió un gran dolor en el costado herido; le temblaban las piernas, y el dolor de su pierna coja era tan intenso como si le hubieran cortado los tendones con un cuchillo. Había seguido los instintos de su naturaleza salvaje, aguzando todos sus sentidos para sobrevivir. En aquel momento límite, estaba obedeciendo a otro instinto: encontrar un lugar donde guarecerse y vender su vida a un precio sangriento.

No abandonó el camino, a pesar de la densa maraña que lo rodeaba por todas partes. Sabía que era inútil pensar en evadirse de sus perseguidores. Siguió corriendo, mientras la sangre le caía sobre las orejas cada vez que respiraba. Detrás de él sonó un aullido que le daba a entender que ellos le estaban pisando los talones, esperando el mo-

mento oportuno para cazar a su presa, como una manada de lobos espera el minuto fatal.

Salió bruscamente de la espesura y vio un acantilado sin fin; miró a derecha e izquierda y divisó una roca solitaria que se alzaba como una torre desde el bosque. De pequeño, el cimmerico había escalado escarpadas montañas en su tierra natal. Pero a pesar de que estaba entrenado para ello, se dio cuenta de que en aquellas condiciones tenía pocas posibilidades. Para cuando él hubiera conseguido subir seis o siete metros, los pictos habrían alcanzado un lugar idóneo desde el cual podrían lanzar sus flechas contra él.

Tal vez la otra cara del despeñadero sería menos difícil. El camino bordeaba el risco hacia la derecha; al seguirlo, vio que en la parte oeste había un saliente que lo llevaría cerca de la cima.

Aquel saliente era un lugar tan bueno para morir como cualquier otro. El mundo daba vueltas a su alrededor como una vertiginosa niebla roja. Avanzó cojeando por el sendero, puso las manos y las rodillas en los lugares más empinados y sujetó el cuchillo con los dientes.

No había alcanzado la punta más alta del saliente cuando cuarenta salvajes pintados lo rodearon por la otra cara del risco, aullando como lobos. A la vista de su presa comenzaron a gritar como diablos y a correr hacia el pie del risco arrojando flechas a medida que se acercaban. Una de ellas alcanzó una de las pantorrillas del cimmerico; sin detenerse, este arrancó la flecha y la arrojó a un lado, sin preocuparse por las que chocaban contra las rocas que había a su alrededor. Se arrastró por el borde del saliente, cogió su hacha y empuñó el cuchillo; luego se tendió mirando a sus perseguidores por encima del saliente; solo asomaban su melena y sus ojos. Sentía náuseas, por lo que respiró hondo y apretó los dientes, luchando contra sus terribles ganas de vomitar.

Unas pocas flechas más silbaron a su alrededor. La horda de salvajes sabía que la presa estaba acorralada. Los guerreros proferían aullidos mientras se subían a las rocas que había al pie del risco. El primero en alcanzar la parte más escarpada fue un bravo luchador que llevaba una pluma de águila de color escarlata, lo que indicaba que era un jefe. Se detuvo brevemente, con un pie sobre la roca, y se dio media vuelta lanzando gritos exultantes. Pero no llegó a lanzar la flecha. Se quedó inmóvil de repente, como si la codicia de sangre de sus negros ojos diera paso al asombro. Retrocedió con un grito, y miró a sus hombres con los brazos abiertos para comprobar el empuje de sus valientes guerreros. Aunque el hombre que estaba en el saliente encima de ellos comprendía la lengua de los pictos, estaba demasiado lejos para entender el significado de las frases entrecortadas que el jefe decía a sus hombres.

Estos dejaron de gritar y siguieron subiendo en silencio. No parecía que miraran al hombre que estaba en el saliente, sino al risco. Entonces, sin vacilar, bajaron los arcos y se volvieron por el mismo camino por el que habían venido, desapareciendo por la curva del acantilado sin mirar hacia atrás siquiera.

El cimmerio estaba asombrado. Conocía perfectamente el carácter de los pictos y no entendía esta reacción inesperada. Sabía que no volverían, sino que regresaban a sus pueblos, que se encontraban a cientos de leguas de distancia.

Pero no podía entenderlo. ¿Qué habría allí que hizo que los guerreros pictos abandonaran la caza y no lo siguieran como lobos hambrientos? Sabía que había lugares considerados sagrados por algunas tribus, y que cuando un fugitivo se refugiaba en uno de esos santuarios estaba a salvo de sus perseguidores. Pero cada tribu tenía su santuario, y las demás tribus no lo respetaban; por otro lado, los hombres que lo perseguían no tenían ningún lugar sagrado en aquella región. Estos eran los hombres del Águila, cuyas aldeas